Entre los siglos V y VIII d. C., el territorio de la Comunidad de Madrid fue escenario de profundas transformaciones. La desaparición de las estructuras políticas y económicas romanas dio paso a nuevas formas de organización social, ocupación del territorio y relación con el paisaje. Durante mucho tiempo, este periodo se conoció a través de necrópolis y objetos considerados característicos de las poblaciones denominadas «visigodas». Sin embargo, las investigaciones arqueológicas recientes han permitido construir una imagen más rica y compleja.

Desde mediados de la década de 1990, las excavaciones en numerosos municipios madrileños han sacado a la luz asentamientos rurales, cementerios y espacios productivos. Estos descubrimientos han permitido conocer comunidades apenas mencionadas en las fuentes escritas y sus formas de vida, actividades económicas, creencias y organización social. La exposición reúne materiales de 83 yacimientos, seleccionados tras analizar 270 intervenciones arqueológicas, y presenta más de setecientas piezas conservadas principalmente en el Museo Arqueológico y Paleontológico de la Comunidad de Madrid, así como en otras instituciones.



Escena de actividades cotidianas en el interior de una cabaña de suelo rehundido, habitual en numerosos asentamientos de la Comunidad de Madrid. Ilustración: Arturo Asensio.

Ilustración: Arturo Asensio / Imprime: B.O.C.M / D.L.: M-24409-2026

MUSEO ARQUEOLÓGICO Y PALEONTOLÓGICO

Plaza de las Bernardas, s/n.
Alcalá de Henares

ENTRADA GRATUITA

VISIGODOS EN MADRID

OCT 2026 - SEP 2027

Más información en
marpa.madrid

Comunidad de Madrid

Tras el final del mundo romano, el paisaje madrileño quedó marcado por un proceso de ruralización. Muchas villas romanas fueron abandonadas o transformadas, mientras se consolidaban nuevas formas de hábitat. Aldeas y granjas se extendieron por el territorio, con viviendas de tierra, madera y materiales perecederos. Junto a ellas se documentan silos, almacenes, hornos, áreas de trabajo y espacios funerarios. Yacimientos como Gózquez, en San Martín de la Vega, mostraron la relación entre asentamientos campesinos y necrópolis.

Estas comunidades desarrollaron una economía agropecuaria. El cultivo de cereales, vid y olivo se combinaba con la ganadería, que proporcionaba carne, leche, pieles, lana junto a actividades piscícolas y cinegéticas. La producción cerámica, la metalurgia a pequeña escala y otras actividades artesanales completaban una economía vinculada al entorno. Aunque las redes comerciales fueron menos intensas que en época romana, estas poblaciones no vivieron aisladas. Mantuvieron contactos con otros territorios y centros urbanos, especialmente con Toledo, capital del reino visigodo, y Recópolis (Zorita de los Canes, Guadalajara).

La arqueología permite aproximarnos a las diferencias sociales de estas comunidades. Las formas de enterramiento, la organización de las tumbas y los objetos depositados junto a los difuntos informan sobre familia, linaje, identidad y prestigio. Broches de cinturón, fíbulas, pendientes, pulseras, anillos o collares no deben interpretarse solo como indicadores de riqueza u origen étnico. Formaban parte de



Jarra
Yacimiento de El Rebollar (El Boalo).
Foto: MARPA / Mario Torquemada.



Broche de cinturón
Yacimiento de Gózquez (San Martín de la Vega).
Foto: MARPA / Mario Torquemada.

formas de representación social y podían expresar pertenencia a una comunidad, a grupos o a tradiciones compartidas. Algunos enterramientos revelan situaciones de desigualdad, dependencia o exclusión.

El mundo funerario constituye uno de los registros más destacados de la arqueología madrileña. Algunas necrópolis alcanzaron centenares de enterramientos y permanecieron en uso durante generaciones. Los cuerpos se depositaban en fosas o cistas cubiertas con lajas de piedra, aunque también pudieron utilizarse ataúdes, parihuelas o sudarios. La reutilización de las tumbas y su agrupación familiar muestran la importancia de la memoria y los vínculos de parentesco. Entre los conjuntos destacados se encuentran Estevillas-Virgen de la Torre (Vicálvaro-Madrid); Loranca-El Bañuelo (Fuenlabrada); Cacera de las Ranas (Aranjuez); Gózquez (San Martín de la Vega) o Acedinos (Getafe).



Fíbula
Yacimiento de Estevillas-Virgen de la Torre (Vicálvaro, Madrid).
Foto: MARPA / Mario Torquemada.

Las creencias de estas comunidades fueron complejas. Aunque el cristianismo constituía el principal marco religioso, la presencia institucional de la Iglesia parece limitada en parte del territorio rural madrileño durante los siglos VI y VII. Las evidencias arqueológicas muestran la convivencia de prácticas cristianas con ritos y tradiciones que no siempre encajan en la ortodoxia eclesiástica.

La conquista islámica de 711 no provocó una ruptura inmediata. Durante buena parte del siglo VIII continuaron las aldeas, los espacios funerarios y formas de vida heredadas. Las transformaciones se hicieron más visibles a partir del siglo IX, con nuevas formas de ocupación del territorio, cambios en la cultura material y el desarrollo de centros como Madrid, Talamanca del Jarama o Calatalifa (Villaviciosa de Odón) y Alcalá la Vieja (Alcalá de Henares).

Visigodos en Madrid propone mirar más allá de reyes, guerras, «pueblos» y grandes acontecimientos. A través de objetos y restos arqueológicos, la exposición recupera la historia cotidiana de quienes habitaron este territorio durante los primeros siglos de la Edad Media y construyeron formas de vida que contribuyeron a configurar su evolución histórica.

Comisarios
Manuel Castro Priego
Enrique Capdevila Montes



Bote
Casas de Baezuela (San Fernando de Henares).
Foto: MARPA / Mario Torquemada.